

Sermon que predicó el señor Josef Bonaparte, intruso Rey de España, en la santa Iglesia de Logroño en italiano, explicado en el mismo púlpito en castellano por el Patriarca de sus Indias.



NOTA.

La oracion que en este papel se contiene no es obra mia, sino efecto de un don que la naturaleza me ha concedido, qual es una admirable retentiva de memoria. Yo fui uno de los oyentes que en aquella Iglesia concurrieron á un tan solemne acto, y que por saciar mi curiosidad puse todo mi cuidado y atencion en oír el discurso de tan nuevo como augusto predicador. Y habiendo notado lo que el Semanario patriótico de Madrid del jueves 29 de Septiembre de 1808, núm. 5, pag. 92 dice acerca de esto, mas sin poner la oracion, no quiero carezca el público del fruto de tan prodigioso ingenio, guardando como él observa el alto silencio del nombre del Patriarca traductor, y otras incidencias. El parágrafo citado de dicho Semanario dice así:

“Este táruo (Josef Bonaparte), digno hermano del mas insensato de los déspotas, quiere tambien seguir sus huellas y arrebatarse el incensario despues de usurpado el cetro. En Logroño llegó á tal exceso su delirio, que subió al púlpito y se puso á predicar al pueblo que se hallaba congregado en la Iglesia. Como la celeridad con que S. M. se ve obligado á recorrer sus estados, no le ha permitido todavia aprender el idioma de sus amados vasallos, echó el sermon en italiano; pero el Patriarca de sus Indias tuvo despues la honra de traducirle al castellano en el mismo púlpito. Este paso tan solemne, tan pio, tan digno de una cabeza imperial francesa, acabará de dar á conocer al mundo lo que hay que esperar de semejante gente.” Asi el Semanario: y ved la traduccion de su Patriarca.

El Tema no le puso.

Hasta quando, españoles, habeis de ser de corazon duro y obstinado? Hasta quando, sin Rey, sin cabeza y sin go-

bierno, os habéis de abandonar al dictámen de vuestro capricho? Hasta quando en fin, rebeldes y revolucionarios, habéis de discurrir por caminos sin serda amenazados á un precipicio? Ah! vosotros, ó no sabéis, ó no queréis recapacitar el estado deplorable, la desgracia y la infelicidad á que estais expuestos. Qué dolor! Pero quán facilmente os podéis librar de tan fatal situacion! Qué os parece alguna fábula esta promesa? Yo bien sé que la continua y horrorosa guerra, el ver los pueblos desiertos por el alistamiento de sus moradores en los exércitos, las contribuciones extraordinarias aunque precisas para el sustento de las tropas, bien sé, digo, que estas y otras muchas circunstancias os hacen decaer de ánimo y abismaros en un interminable dolor. Pero quán facilmente os podéis librar de tan fatal situacion? En esto insisto, españoles; y siendo esto el objeto que se propuso el grande Emperador mi hermano, no será extraño que en esto se ocupe mi discurso, y á esto se dirijan mis palabras. Si escuchais con atencion mis razones, espero que con ellas se convenzan vuestros entendimientos.

Y primeramente os pregunto, á qué debe aspirar el buen patriota ó amigo de su patria? A la conservacion sin duda, lustre é independendia de ella, me responderéis con los mejores y mas sanos políticos. Luego si vosotros, españoles, tanto os preciáis de patriotas debereis aspirar sin duda al lustre, á la conservacion é independendia de España. Mas como los fines no puedan adquirirse sin los medios conducentes para ellos, decidme: tendreis por medios proporcionados los de una sublevacion general que directamente se oponga á la conservacion de unos fines tan gloriosos? Si el gran Napoleon, que tanto se interesa en la felicidad de un Reyno vecino, y tan caro amigo y aliado suyo, os propone abolir la dinastia de los Borbones, cuya familia os tiene tanto tiempo ha oprimidos baxo las fatales cadenas de una esclavitud infame, correspondereis á sus interesantes desigñios opon éndoos á los auxiliadores y ministros de vuestra libertad? Y si por fin os envia en mi Real persona una aseguacion y testimonio de lo mucho que os ama, dándoos en ella como unos rehenes seguros de vuestro brillo y esplendor, que es su único anhelo;

corresponderéis á este medio de vuestra felicidad recibiendo á su Enviado con una frialdad, con una indiferencia, y me atrevo á decir con un desprecio como con el que fué recibido en todas las partes de mi tránsito; en Vizcaya, en Castilla, en Madrid: Oh memoria! Madrid he dicho? Qué confusion! Sí; porque qual sería la mía al ver que el día de mi pública entrada en aquella Corte todas las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, y que si por necesidad encontraba alguno en la calle, se mostraba tan descortes como si pasara un perro, sin quitarme el sombrero, sin oír mas vivas que los de los que el dinero había hecho fuesen á mi lado, y aun si se tocaron las campanas y hubo algunas luminarias, fué á influxo de la amenaza y de las armas? Qual sería mi confusion al saber que el día solemne de mi proclama, Madrid, conocido en todo el orbe por el pueblo mas novelero, se estuvo encerrado en sus casas; y aunque á fuerza de bandos colgaron la carrera, fué con el adorno mas viejo y mas sucio, y aun asi tenían cerradas las ventanas, sin que el estímulo de arrojar tronca pudiese atraer á las calles otra gente que la mas soez del Barquillo y de otros barrios baxos? Y qual por último sería mi bochorno quando el penúltimo día de mi estancia en Madrid, habiéndome propuesto aquella tarde baxar á paseo al prado, los pocos que había en él paseando al punto se retiraron, dexandome solo con el mayor desprecio? Vaya! llegué al Palacio lleno de la mayor cólera. Qué cenar! Qué dormir! Tomé á rostro firme el partido de ausentarme de unos vasallos que renunciaban á su felicidad. Ah españoles! que mal agradeceis los desvelos y fatigas con que el gran Napoleon procura, piensa, é incesantemente aspira á vuestra gloria! Yo me corto, yo me avergüenzo; lo diré de una vez, quisiera ocultrarme donde el sol no me diera luz, al ver tan ingrata correspondencia. Yo el enviado por el gran Napoleon, hermano suyo tan querido, y lo que es mas, elegido y proclamado Rey de España é Indias, habiendo dexado el precioso y deleytable Reyno de Nápoles, verme despreciado y burlado del pueblo de Madrid; de tal suerte, que hasta los muchachos, unos me llaman Pepe botellas, otros el tío Pepillo, y el mas modesto dice el señor Josef. Qué es esto? Es esta

la lealtad tan decantada de los españoles á su Rey? Pues siéndolo yo, cómo lejos de térermela me obligan á andar prófugo y desterrado de lugar en lugar, y de ciudad en ciudad? Será porque no soy sino un Rey, como ellos dicen intruso? Mas no tienen razon. Soy en efecto su Rey legitimo, nombrado por Napoleón el grande, á quien la constitucion actual de la España ha obligado á reconocerle como garante entre su misma Real familia, en quien han abdicado su corona y todos sus derechos los Borbones, y á quien por sus valientes guerreros y victorias pertenece el absoluto dominio de sus Estados: ea pues, españoles, en mí está cifrada vuestra felicidad: la religion católica, esta religion por cuya conservacion tanto suspiráis, encontrará en mí su basa y fundamento, y vuestras antiguas leyes un sagrado asilo: así lo testifica mi conducta en Nápoles. Luego si vosotros os resistis á recibirme; si vuestras revoluciones hacen que me aleje de mi trono y de mi corte; si vuestros desprecios finalmente me obligan á andar prófugo y peregrino, no será verdad que vosotros abandonais y aun despreciáis los medios de vuestra felicidad? No será cierto que no quereis salir de vuestra infeliz situacion? Entrad dentro de vosotros mismos, aun teneis tiempo; en medio de vosotros estoy: los mismos sentimientos de amor á vuestra patria me animan; y el puesto en que lo pronuncio que para vosotros es tan sagrado lo confirma; luego en qué os deteneis? Solo con que vuestra enérgica eloqüencia (hablo con vosotros pastores y eclesiásticos) persuada al vulgo no se junte con los rebeldes; solo con que vosotros, Magistrados, contengais con vuestras sabias providencias á los tumultuosos, y hagais sigan las banderas de su protector el gran Napoleón; solo con esto recobrareis vuestra felicidad, sacuditeis el yugo que tantos años ha os oprime, y os librareis de tan fatal situacion cómo es en la que estais. *Valete.*

NOTA.

Aquí dió fin el Patriarca, afirmando que el sermón estaba idéntico y fielmente traducido al castellano, y era el que su amo el Rey Josef habla predicado en italiano.